



Y no PUDO PARAR De ORDENAR el mundo

Victoria Castañeda Lizalde

Antropóloga

Algo cobra sentido en la conciencia cuando podemos narrarlo. Una historia con inicio, nudo y desenlace nos da la sensación de un recorrido completo. Esto es lo que sucede en la plaza de las Tres Centurias, en Aguascalientes. Lo dice su nombre, que contiene tres siglos de historia convertidos en etapas de desarrollo ferroviario.

El inicio, el auge y la pausa. La necesidad de contar. Las locomotoras que llegaron apresuradas en el siglo XIX, y que trabajaron imparables durante el XX, ahora están detenidas. Pero el espíritu de la rapidez que se quedó en nuestra ciudad no ha parado de transformarse; ahora tenemos parques industriales, anillos de circunvalación y carreteras infinitas. La posibilidad de tránsito ininterrumpido que atraviesa nuestra tierra comenzó a articularse en lo que alguna vez fueron los Talleres Nacionales del Ferrocarril. Desde entonces, Aguascalientes se ha ganado la identidad de un estado pequeño y transitable, con el territorio dispuesto para lo veloz y lo momentáneo. Tal vez por eso es necesario que en las Tres Centurias exista un museo y que los recuerdos puedan volverse tangibles. En este lugar sucede de muchas formas: estatuas, vagones viejos, monumentos y, mi favorita, un mural que adorna la pared exterior de la plaza, sobre la avenida Gómez Morín. Para esta reflexión analizaré sus primeras tres imágenes.

Primero, el cosmos.

Ante él, un hombre desnudo, sentado sobre una piedra. Pensando. Clavado en la tierra como si fuera origen y castigo a la vez. Está desprovisto de artefactos frente al vacío. La tierra es árida y primitiva, ajena a su cuerpo. No pasa mucho tiempo antes de que aparezcan, como antagonistas, criaturas que muestran los colmillos, cercanas al instinto. Se traza la distancia entre lo que habita la tierra para sobrevivir y lo que puede transformarla para conquistar.

En la siguiente escena aparecen figuras humanas rodeando mamuts para cazarlos y alimentarse de ellos. Aquel hombre tiene ahora un grupo. Se organizan para actuar, aparece la estrategia, la intención, el trabajo colectivo y la domesticación del entorno. Al fondo, en lo más alto de un cerro, otra figura celebra la hazaña. Para llegar tuvo que obedecer las formas en que la tierra enseña a avanzar: subir, rodear, detenerse e insistir. Levanta los brazos y el cielo deja de ser paisaje, se convierte en un límite y un desafío. Desde el ascenso la mente ordena el mundo de otra manera, traza líneas, fragmenta lugares, controla, nombra y toma decisiones.

Pero lo vertical funda jerarquías. Desde ahí la mirada que ordena el mundo lo clasifica, ordena y domina. Si hay algo arriba, debe haber algo abajo. Entonces la pregunta inevitable es: ¿quién ocupa esa altura?, ¿de quién es el cuerpo que decide el orden de las cosas?

Siempre que paso por la avenida me detengo en estas escenas, porque representan la semilla del origen. La forma en que lo humano se impuso a lo natural y comenzamos a habitar el mundo. El mural tiene muchas otras imágenes, todas marcan el recorrido que nos trajo hasta aquí: una línea recta, definitiva y continua, como las vías del ferrocarril.

Las Tres Centurias es un lugar para recordar el peso de un tiempo que, durante los siglos XIX y XX, organizó el trabajo y la vida de los barrios en nuestra ciudad. Un tiempo fragmentado en tramos, mecánico, ordenado y funcional, organizado para que el transporte pueda circular sin detenerse.

Hoy en día, lo cotidiano y el espacio urbano permanecen adheridos a la misma lógica productiva: sus rutas, sus ritmos, sus maneras de transformar los materiales, el trabajo y la vida de los trabajadores. Pero el movimiento constante no es gratuito; produce valor pero exige territorio y recursos. Desde aquella conquista sobre la tierra, la riqueza no pudo hacer otra cosa más que aumentar sin detenerse. Parece que así lo decretó el hombre sin artefactos, que con su inteligencia enfrentó a las bestias y no pudo parar de ordenar el mundo.

Ahora, el lugar que lleva el nombre del agua, no puede encontrarla. En nuestro semidesierto, los recursos tienen tiempo reservándose para el desarrollo inmobiliario e industrial. Las lluvias son pocas

y es común escuchar noticias sobre la crisis de sobreexplotación del acuífero; el agua que no vemos, la que se filtra y se guarda lentamente en la tierra. Alguna vez el Río San Pedro tuvo la fuerza suficiente para dejar la marca de su paso sobre la tierra. Mi abuela cuenta historias de lo bonito que era antes de que se acabara. Hoy en día el agua ya no es parte del paisaje, se volvió mercancía y dejó de llegar a todos por igual.

Pensemos también en la reciente especulación inmobiliaria en torno al bosque de La Pona. El último tramo de terreno arbolado dentro de la mancha urbana, llamado también último pulmón de la ciudad. Me pregunto cómo va a respirar un lugar cuando su tierra por fin pueda ser asfixiada. Los mezquites, quietos, guardan humedad, sombra y lentitud, mucho pedir para los hombres que echaron a andar la historia.

Mientras lo urbano se expande, se reducen las formas en las que el suelo puede guardar agua. Todo se vuelve asfalto o resequedad. Pero el territorio sin suelo vivo es ideal para que lo atraviesen flujos continuos: tránsito, mercancías, expansión. Así es como lo ha ordenado una visión de la historia sostenida por el impulso de ir hacia adelante, siempre buscando conquistar, ocupar, dividir, utilizar. Una historia cartesiana donde se piensa y luego se existe, avanzando en línea recta y decidiendo en vertical, sin voltear a ver los ritmos de la tierra.

¿No sería más primigenio nacer, incluso antes que pensar? Parece obvio, pero en el mural no se toma en cuenta para narrar la historia de lo humano. Llegar a ser materia animada, atravesar un umbral para ser cuerpo; carne, criatura expulsada del vientre de una mujer. ¿No parece más un verdadero inicio?

Que la historia se eche a andar sin tomar esto en cuenta revela un sistema de pensamiento que privilegia el avance sobre el nacimiento, el orden sobre el cuerpo, la dirección sobre el origen. Un modo de narrar que comienza cuando la vida ya está erguida, separada de la tierra, lista para ocupar, nombrar y transformar. Encuentro en esta narrativa una manera de explicar lo que ocurre actualmente en Aguascalientes: nuestra ciudad avanza sin detenerse, asfixia el suelo, encauza el agua y despeja el camino para que todo pueda circular. Aunque claro, no se puede dudar del gran negocio que es la industria automotriz, ni de la rapidez con la que empresas extranjeras se construyen y comien-

zan a acaparar el agua de los municipios para poder generar empleos. Bien enmarcado en las Tres Centurias, el pensamiento del hombre sentado sobre la piedra nos ha llevado a un presente donde todo debe avanzar. Un tiempo organizado para no detenerse, que exige movimiento constante y deja poco espacio para la permanencia, el arraigo o el cuidado. Pero, a diferencia del nombre de la plaza, su historia no cumple con la estructura de tres actos de la que hablamos al principio: no tiene un inicio claro, su desarrollo se desborda en estructuras y jerarquías, y su final queda siempre aplazado.

Hay cosas que nacen, viven y mueren. No para desaparecer, sino para volver a entrar en el ritmo de la tierra. Lo que crece se desgasta, lo que se agota se transforma, lo que muere deja espacio. Pero esta lógica no tiene lugar en el tiempo que hemos heredado. La riqueza, con su hambre infinita, no puede permitirse descanso ni final; necesita prolongarse, acumularse, seguir ocupando espacio, incluso cuando ya no hay suelo, agua o cuerpo que sostenga ese avance. Tal vez por eso la historia que hemos contado hasta aquí no logra descansar. Desde el primer gesto silencioso del mural se instala una urgencia por imponer orden al mundo, y en ese impulso se pierde de vista algo esencial; la posibilidad del final, de la pausa, del regreso a lo que respira para escuchar las verdaderas necesidades del territorio.

El hombre ordena al mundo sin escucharlo. Las ciudades crecen cargadas de desigualdad y la conciencia se queda sin el consuelo de una historia que nos incluya; que preste atención, que nos beneficie a todos, y que se deje narrar con cosas que empiezan y terminan, que viven y mueren, no solo con lo que avanza sin detenerse.



Y no pudo parar de ordenar el mundo , Victoria Castañeda Lizalde